

Eugenio Pereira Salas

J. T. Medina traductor de Longfellow



N 1874, don José Toribio Medina daba a la estampa su traducción de *Evangelina*. La sugerencia del poeta norteamericano parecía flotar en el ambiente. Junto al neoclasicismo de William Cullen Bryant (1794-1878), al estremecimiento simbolista de Edgard Allan Poe (1809-1849) y al lirismo populista de Walt Whitman (1819-1892), la suave sentimentalidad de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), han sido las influencias más poderosas que ha recibido la literatura hispanoamericana del continente anglosajón.

El profesor Paul Thomas Manchester ha reducido a una gráfica estadística este influjo:

Longfellow	:	174 traducciones	;	53 traductores	
Whitman	:	106	"	8	"
Poe	:	40	"	18	"
Bryant	:	28	"	9	" (1)

(1) Paul Thomas Manchester, **Bibliografía de las traducciones españolas de la poesía norteamericana**, citado por Manuel Pedro González; *Intellectual Relations between the Unites States and Spanish America*, Pan American Union, 1938.

Dentro de este fenómeno americano, en Chile encontramos evidentes y numerosas resonancias de la poética de Longfellow en las décadas renovadoras de 1870. Enrique del Solar en una reseña bibliográfica publicada en *La Estrella de Chile* dice conocer del autor "dos piezas notables traducidas a nuestro idioma por un compatriota que ya no existe" (2). Pero, fué, sin duda, Carlos Morla Vicuña, el primer escritor nacional que se ocupara con detención de la obra de Longfellow. Nacido en Santiago en 1846, Morla Vicuña se distinguió desde niño por su talento literario y sus dotes de investigador. Periodista en el diario *La República*, inició en 1870 su carrera diplomática como secretario de la Legación de Chile en los Estados Unidos. Tenía al partir un cabal dominio del idioma inglés adquiriendo en su infancia tanto en el seno de su familia como en el Colegio de Goldfisher donde cursara sus años de escuela preparatoria.

Atraído en Wáshington por la fama del poeta, Morla abordó la tarea de vertir en lengua castellana el patético e idílico romance de la Acadia, *Evangelina*. Así como Longfellow había empleado en su poema un metro rara vez usado en la poesía inglesa como es el antiguo hexámetro de Homero y Virgilio, el traductor chileno prefirió la más noble y musical de las estrofas castellanas, la octava real.

En 1871, la Imprenta de Edward O. Jenkins, de Nueva York, lanzaba a la circulación: *Evangelina*. Romance de la Acadia. Poco después aparecía en *La Estrella de Chile*, en los números que van del 17 de diciembre de 1871 al 14 de enero de 1872 (3).

(2) Enrique del Solar, *Bibliografía: Evangelina*, Romance de la Acadia en *La Estrella de Chile*, enero 28 de 1872.

(3) J. T. Medina en su *Biblioteca de Traductores*, Santiago, 1923, la colaciona de este modo: *Evangelina*. Romance de la Acadia. Traducido del inglés de Enrique Wadsworth Longfellow, por Carlos Morla Vicuña. Nueva York. Imprenta de Eduardo O. Jenkins, 20 calle North Williams, 1871, XIV-111 pp. Está dedicado a la señora doña Nicolasa Toro de Correa. El prefacio establece las razones que lo han impulsado a esta tarea, poniendo de manifiesto, entre otras, la pintura de la naturaleza virgen americana; la demostración de afectos profundos y de fe perseverante; la moralidad, el amor al deber, la santidad de las afecciones y de la familia que dominan al poeta.

Cotejando las primeras estrofas del original inglés y la correspondiente versión castellana, podemos deducir los méritos y defectos de la empresa.

Allí donde el poeta norteamericano había cantado:

This is the forest primeval. The murmuring pines
and the hemlocks,
Bearded with moss, and in garments green, indistinct
in the twilight,
Stand like Druids of old, with voices san and
prophetic
Stand like harpers hoar, with beards that rest on
their bosoms
Loud from its rocky caverns, the deepvoiced
neighboring ocean
Speaks, and in accounts disconsolate answers the wail
of the forest

Morla Vicuña traduce:

Aquí se alzan los bosques seculares,
Pinos y hayas musgosas se levantan.
Son los antiguos dioses tutelares
Cuya sien canos rizos brillantan
Las auras sus históricos pesares
Entre el follaje susurrando cantan,
Y el vecino océano da respuesta
Con su sordo murmullo a la floresta.

La comparación revela, en primer lugar, que existen en la versión de Morla Vicuña una concentración de ideas que no está de acuerdo con el carácter eminentemente descriptivo del poema; hay omisión de figuras literarias tales como: "Bearded with moss and

in garments green"; "voice sad and prophetic", etc. Sin embargo, el traductor ha conservado la elevación lírica, elevación que se puede observar con mayor claridad en la segunda estrofa.

This is the forest primeval; but where are the hearts
 that beneath it
 Leaped like the roe, when he hears in the woodland
 the voice of the huntsman?
 Where is the thatch-roofed village, the home of
 Acadian farmers,
 Men whose lives glided on like rivers that water the
 woodlands,
 Darkened by shadows of earth, but reflecting an image
 of heaven?
 Waste are those plessant farms, and the farmers forever
 depatated!
 Scattered like dust and leaves, when the mighty
 blasts of October
 Seize them, and whirl them aloft, and sprinkle them
 far o'er the ocean
 Naught but tradition remains of the beautiful village
 of Gran-Pré.



¡Este es el denso bosque primitivo!
 ¿Mas dónde están los tiernos corazones
 Que aquí a la sombra del ramaje estivo
 Latían con suaves emociones?
 Decid ¿qué han hecho del hogar festivo
 Donde sin inquietudes, ni ambiciones
 Lleva sin más ley que la conciencia
 El pastor de la Acadia su existencia?

¡Alcanzó a ver las chozas desoladas!
De aquí ha sido arrancado el buen labriego
Como las hojas van arrebatadas
Al ancho mar en torbellino ciego
Se descubren aún huellas marcadas
Del destructor, irresistible fuego
Y del Gran-Pré ya sólo y de su estrago
Queda un recuerdo doloroso y vago.

El trabajo de Morla Vicuña pese a los defectos inherentes a toda traducción mereció no tan sólo una segunda edición (Santiago, 1905, Librería Guillermo Miranda), sino los indirectos parabienes del propio Longfellow, que era a su vez un experto traductor, pues vertió cumplidamente en inglés *La Divina Comedia* del Dante y las *Coplas*, de Jorge Manríquez, que por revelar un profundo conocimiento del español le valieron el ingreso a la Real Academia Española en 1868. Una carta de Longfellow escrita al poeta colombiano Rafael Pombo, otro de sus admiradores hispanoamericanos, nos indica su parecer sobre el intento de Morla Vicuña:

Estimado amigo: He tenido el gusto de recibir su apreciada carta y siento profundamente que el señor Morla Vicuña haya dejado el país sin recibir la expresión de mi agradecimiento por su bellísima traducción de "Evangeli-na". Cuando usted le escriba tenga la bondad de manifestarle cuán complacido he quedado no sólo de su traducción, sino de la estimación y simpatía que le inspiro (4).

(4) Esta carta figura en la segunda edición. Santiago, 1905, Guillermo E. Miranda, editor, Ahumada, 51, 146 pp. Lleva un prólogo, fechado en Wáshington, noviembre 15 de 1871, de Eduardo M. de García.

Longfellow había escrito a Morla Vicuña el 28 de septiembre de 1871. No conocemos esta carta.

En 1873, Carlos Morla Vicuña fué comisionado por el gobierno de Chile para investigar en los archivos oficiales de España todo lo relativo a la historia de la extremidad austral de América, con el propósito de ayudar a la defensa del país en sus cuestiones limítrofes. A pesar del trabajo abrumador que realizara en la península, el diligente diplomático no abandonaba sus aficiones artísticas y su inclinación poética. Vivió en París en un excepcional ambiente intelectual y fué el amigo constante del genial escultor Augusto Rodin, que inmortalizó en el mármol la interesante figura de su esposa doña Luisa Lynch de Morla.

En enero de 1875, Morla volvió a preocuparse de Longfellow, enviando como colaboración a la *Revista Chilena* que dirigían Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana, un ensayo sobre "El último poema de Longfellow" (5).

Se ocupa esta vez de *La Máscara de Pandora*, por parecerle "de una poesía más sublime y de un vuelo filosófico y moral más alto que las otras del volumen publicado simultáneamente en Inglaterra y los Estados Unidos. La poesía del bardo de Cambridge (Mass.) era una versión moderna de la fábula mitológica de Prometeo, el último de los titanes en guerra abierta contra el tirano del Olimpo, bajo cuya imagen el mundo pagano representó la lucha del esfuerzo del hombre contra la arbitrariedad de sus dioses materiales.

El traductor chileno examinaba en su artículo las versiones de Hesíodo, en la *Teogonía* de Esquilo, en su célebre tragedia; de Goethe, Byron, Shelley y Edgard Quinet. Se refería especialmente a la obra de Calderón de la Barca, *La Vida es sueño*, pues creía descubrir en el pensamiento del genial dramaturgo hispánico, la génesis del poema de Longfellow.

"Son muchos —escribe— los puntos en que el moderno autor se aparta del poema antiguo, pero les es común el carácter de Pro-

(5) Carlos Morla Vicuña *El último poema de Longfellow. Ensayo sobre Prometeo en diversas literaturas. Revista Chilena. Tomo IV, Santiago, 1876, pp. 545-586.*

meteo inaccesible a las seducciones de la hermosura y mortal enemigo de la molicie". Termina la introducción con un juicio sobre Longfellow que demuestra sus aptitudes para la crítica literaria. "Su poesía es como la de los antiguos druidas y enseña el culto de la verdad, el amor de la justicia y la fortaleza del sufrimiento. Su Prometeo es un apóstol de todas las virtudes varoniles y es un apóstol porque predica con el ejemplo".

Analizado este primer caso del influjo del poeta norteamericano, creemos que ha llegado el momento de preguntarse: ¿Cuáles son las razones que justifican la popularidad de Longfellow en Hispanoamérica? ¿Por qué en Chile cayeron bajo su sortilegio Carlos Morla Vicuña y José Toribio Medina, cuando todavía el escritor no estaba consagrado por el toque supremo de la muerte y la justicia inapelable de la posteridad?

Un circunloquio nos llevará con rapidez a nuestra tesis. La "fortuna" de los autores en el extranjero es uno de los temas que mayormente preocupa a los investigadores de la nueva escuela de la "literatura comparada". Resumiendo, en forma didáctica los dominios de esta interesante disciplina, Raymond-Francois Guyard conduce con habilidad el interrogatorio (6).

El punto de partida es preciso: se trata de la labor de un escritor, su mérito intrínseco o su personalidad. En el caso presente no hay duda que la personalidad de Longfellow era digna de todo respeto y admiración. Atraía, sin duda, a los intelectuales por su vocación. Longfellow había sido escritor pese al medio ambiente y a la oposición de sus padres. Deslumbraba a muchos por su aureola cosmopolita. Manejaba el francés, el español, el italiano y se sentía ciudadano de Europa y del mundo. Tal vez la generación liberal apreciaría su postura antiesclavista demostrada en sus *Poems of Slavery* (1842) en que se adentra en los problemas sociales y en el debate político del siglo. Había, por fin, infinitas facetas atrayen-

(6) Marius-François Guyard, *La Littérature Comparée*, Paris, 1951. Colección "Qué sais-je?" Presses Universitaires de France.

tes en este hombre, para quien se abrieron por primera vez a la América, las recelosas puertas de la Abadía de Westminster.

Pero todo ello, lo que se lee en los tratados de historia literaria, no basta para la consagración internacional de un autor. Tampoco diríamos, siguiendo la clasificación metódica de Guyard, que se trate de un caso de difusión intencionada, de imitación o de éxito de librería. *Evangelina* no pudo ser un "best seller".

Para nosotros la fortuna de Longfellow está en el tipo femenino que él ha creado. No se lo imita sino que se rinde culto a Evangelina, tipo afín a la sensibilidad romántica juvenil de Morla Vicuña y de José Toribio Medina, como veremos a continuación.

Como en la mayoría de los escritores de esa generación. J. T. Medina, adolescente de veinte años, llevaba difusos en su ánimo los caracteres generales que definen el ambiente romántico. El sentimiento panteísta de la naturaleza —típico de dicha actitud espiritual— se trocó en la intimidad de su ser en un acendrado cariño, que a veces creyó vocación, por la vida natural, y ese recorrer afanoso de los valles y ríos de Chile, puede ser interpretado, creemos, con ayuda del mecanismo que los psicoanalistas llaman "transferencia" "desplazamiento" de una actitud emocional de una idea a otra, en estrecho paralelismo simbólico: naturaleza-ciencias naturales.

La nostalgia del recuerdo, el fluir del tiempo, la ensoñación del pasado —otro de los síntomas— se iba a transformar en J. T. Medina en la pasión heurística por los "restos", "las fuentes", símbolos presentes del pasado. Y, por último, el amor, epicentro del alma romántica, iba a quedar cristalizado en dos figuras representativas: *María* y *Evangelina*.

Pueden ellas, tal vez, corresponder en la realidad amatoria a esa *A*, figura vaga y nostálgica que arranca al erudito, las violencias retóricas de una dedicatoria inflamada. ¿Adivinarían los lectores que las frases que siguen las hubiera escrito el hombre que adhirió al más radical objetivismo histórico?

“Cuando juntos leímos a *María*, me pediste en memoria de esas gratas horas que tan presto pasaron, como un recuerdo de los para mí inolvidables momentos en que reclinada a mi lado, me confiaste la dulce misión de enjugar las lágrimas que las páginas que yo leía te hacían derramar, publicase la apreciación que entonces formamos del hermoso libro de Jorge Isaacs” (7).

Y más adelante encontramos, además, de las lágrimas, toda la parafernalia romántica: el llanto, los suspiros, la dicha de sentir, la omnipotencia del amor...

Hay, sin réplica alguna, elementos subjetivos en esta admiración sentimental, los que sirven como hitos preciosos para establecer en el decurso de la vida del erudito, el momento de la decisión, en que el entomólogo en potencia, el etnógrafo novel y el crítico literario en ciernes, se sublima en la tarea de reconstruir el pasado americano y chileno. La traducción de la *Evangelina* de Longfellow señala con precisión este tránsito romántico.

Satisface con ella J. T. Medina sus anhelos sentimentales. No los busca en la historia en los arquetipos máximos de la pasión amorosa: Cleopatra, Thais, Lucrecia Borgia, trataba simplemente de encontrar su ideal femenino o, empleando los términos de Francisco de Sanctis al dibujar a Beatriz, del Dante, iba en pos de “la belleza, la virtud, la castidad de una criatura poética, de una individualidad descorporizada, sutil. No tenía interés por el individuo sino por el género; no le interesaba la hembra sino lo femenino, el eterno femenino de Goethe” (8).

Evangelina y María son, dentro de este arquetipo, la potencia femenina sin forma en el idilio o el romance no consumado. Medi-

(7) Citado por Guillermo Feliú Cruz, *Don José Toribio Medina. Los primeros años de su formación intelectual*. Santiago, 1935, p. 10. Algo más sobre la fortuna de Longfellow en Chile en nuestros artículos sobre el poema en: “Andean Monthly”, *The American Book in Chile*, Vol 3, n. 2, abril 1940 y *Andean Quarterly*, Summer 1943-1944.

(8) Francisco de Sanctis, *En torno a la Divina Comedia*, Trad. A. A. Vasseur. Madrid, 1919, pp. 265-266.

na se leía así mismo o lo que él se figuraba ser —postura romántica— en Efraín y María; en Gabriel y Evangelina, siempre en el marco de la naturaleza, sea el ardiente valle del Cauca o la floresta primitiva de la Acadia; siempre en el fondo trágico de unos obstáculos que impiden la materialidad del amor.

Bajo este espíritu aparece, en 1874, la traducción de J. T. Medina. “Más afortunado que Morla Vicuña —escribe Guillermo Feliú Cruz— en la conservación de la fidelidad del pensamiento de Longfellow, que aquél hubo de sacrificar a las exigencias de la octava castellana, la traducción en prosa es muchísimo más fiel, está más cerca de la idea del autor, le interpreta mejor el pensamiento. A veces, sin embargo, no ha podido mantener el tono del estilo, que siempre es sencillo, y el traductor, por apegarse demasiado al modelo, nos deja una impresión de esfuerzo que parece seguir palabra por la palabra los hexámetros de *Evangelina* (9).

Si comparamos la primera estrofa ya señalada advertiremos las diferencias capitales que existen entre la audacia poética de Morla Vicuña que intentaba una recreación del poema y el espíritu mesurado, de Medina que se ciñe al sentido descriptivo del texto.

—Esta es la floresta primitiva. Los pinos susurradores los abetos con sus troncos cubiertos de musgo y su verde follaje, dibujándose indeciso en el crepúsculo, se alzan como los Druidas de las pasadas edades, con acentos tristes y proféticos o cual los antiguos bardos con la barba inclinada sobre el pecho. Sólo se escucha el hondo gemido del vecino océano que repiten las cavernas de las montañas y al cual responden con acentos inconsolables los lamentos de la floresta (10).

(9) Guillermo Feliú Cruz, obra citada, p. 26.

(10) H. W. Longfellow, *Evangelina*. Cuento de la Acadia. Traducido del inglés por José Toribio Medina. Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874, 8 menor, XI-103 pp y una de erratas.

Más evidente aún es esta diferencia en las estrofas finales del Preludio: J. T. Medina traduce en claudicante prosa:

—Vosotros los que creéis en el amor que espera, padece y confía; vosotros los que creéis en la belleza e intensidad de un afecto de mujer, escuchad la melancólica leyenda que cantan los pinos en la floresta, escuchad un cuento de amor de la Acadia, tierra de felicidad.

Morla Vicuña, con empaque retórico condensa:

Los que pensáis que amor en su nobleza
Esperar y sufrir sabe paciente,
Los que admiráis la heroica fortaleza
De la mujer que sus martirios siente
Oíd la historia de mortal tristeza
Que con su voz lastimera y elocuente
Refiere el aura acariciando el pino:
Es un amor que combatió el destino.

Ni la fidelidad verbal del uno, ni el ritmo poético del Morla, logran revivir en lengua hispánica la diáfana sencillez de Longfellow.

Pasada la euforia sentimental, José Toribio Medina marchó con paso firme por el camino de la investigación histórica, a cuyo final vería levantarse su propia estatua, tras un afanoso viaje sin cansancio ni fatiga.

En su escritorio, entre los innumerables manuscritos exhumados con inteligencia crítica admirable, debió quedar el manuscrito de *Evangelina*, como esas flores marchitas que encontramos un día abandonadas en el más rígido de los volúmenes eruditos, al que impregna con su misterio perturbador. Una vez, años más tarde, volvió a recogerlo piadosamente y a la manera de un homenaje a su yo ro-

mántico, sus expertas manos artesanas, buscaron en las cajas de la Imprenta Elzeviriana, los tipos más hermosos, y ampliada con profusas ilustraciones y viñetas, muy fin de siglo, dió a las prensas una elegante reedición del romance de la Acadia (11).

De nuevo se oyeron las palabras del prólogo, suscritas en 1873:

Hace más de veinte años que salió a luz este sencillo cuento de amor nueva perla añadida a la corona que la poesía del sentimiento ha logrado conquistarse en la literatura de los pueblos cultos. Veinte años también de aplausos y de admiración han ido a depositar sus homenajes a a los pies del cantor de Evangelina, y los laureles con que sus contemporáneos han ceñido su frente no se marchitarán con el transcurso de los siglos: Evangelina será inmortal! ... Se nos va a iniciar en los misterios de un corazón que ha amado, que ha llorado, y esperado, sin creencias, no lo compredereís, sin esperanza, perderá su encanto, y sólo para el que sufre será un consuelo que aliviará sus penas y le enseñará a resignarse" (11^a).

¡Qué lejos estaba el famoso erudito de su pasado romántico! Ahora podía ocuparse con imparcialidad crítica del eterno femenino. Basta leer su estudio sobre *Las Mujeres de "La Araucana" de Ercilla*, donde al describirse a la Beligera española, doña Mencía de los Nidos; a la bella Guacolda; el idilio de Glaura y Gariolano y la virtud espartana de Fresia, dejaba estampadas estas frases significa-

(11) H. W. Longfellow, *Evangelina*. Cuento de la Acadia. Traducido del inglés por José Toribio Medina. Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana, MDCCCXCIX. Con diez láminas y numerosos grabados en colores. Portada a tres tintas. Algunas de las viñetas y dibujos están firmados J. W. S.

(11^a) H. W. Longfellow, *Evangelina*. Cuento de la Acadia. Traducido del inglés por José Toribio Medina. Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana, MDCCCXCIX. Con diez láminas y numerosos grabados en colores. Portada a tres tintas. Algunas de las viñetas y dibujos están firmados J. W. S.

tivas: "Pero éstas son simples manifestaciones de su afecto, que de cerca ni de lejos atañen, no a la fábula sino a la verdad histórica, que era el norte único en el relato de los hechos que se proponía el poeta consignar en su obra" (12).

Por estas razones, recalamos, la lectura de su artículo sobre *María*, de Jorge Isaacs (13) y las dos ediciones de su traducción de la *Evangelina* de Longfellow, son documentos de enorme valor para el estudio de la época —crítica, el de la "sublimación" por la historia— de la vida de este maestro de las Américas, José Toribio Medina.

(12) J. T. Medina, *Las Mujeres de "La Araucana" de Ercilla*. Reprint from *Hispania*. Vol. XI, n. 1, February, 1928, pp. 1-2.

(13) J. T. Medina, *María*. Apuntes para un juicio crítico. *Revista Sud América*. Santiago, 1873. Tomo I, pp. 840-852.